

nomía que nos ha sido donado es nuestro, pero nos lleva al Eterno Donador.
E. T. G.

LA VIA (Vicenzo): *La riforma blondeliana del filosofare e la sostanza teorica del blondelismo*, en «Teoresi», Messina, V, 1950, núm. 1-4, enero-diciembre, págs. 236-358.

Lo que Blondel pretende es construir su filosofía como un todo ascendente, de modo que en el mismo proceso de la ascensión el pensamiento encuentre su fuerza y su impulso para lograr un grado más en la penosa subida. Esta filosofía plena se integra en el concepto de acción, desde cuyo concepto Blondel pretende la reforma de la filosofía por una superación. Superación que no quiere decir destrucción, sino mejor reencuadramiento, corrección y acentuación de los ingredientes ya descubiertos como intelectualmente fecundos por el pensamiento filosófico anterior. La filosofía de la acción aplica un criterio dialéctico, cuya dialéctica se funda en el desdoblarse progresivo del principio básico; merced a este principio básico la realidad aparece unida en su inquebrantable unidad profunda, porque, como dice Blondel, las cosas son todas igualmente irrealizables, cuando se quiere construir la realidad como una cosa distinta de ellas.

La unidad profunda de la realidad se encuentra en última instancia en el agente que actúa sin necesidad de ser actuado, de cuyo agente participamos porque, según palabras del propio Blondel, para actuar es preciso participar de un poder infinito; para tener conciencia del actuar es menester que exista la idea de ese poder infinito. De aquí que la idea sea acción y la acción esté de suyo incluida en la idea.

Si desde este punto de vista hay en Blondel una reforma del filosofar en cuanto elude la pretensión de cristalizar la realidad, sin caer, por otra parte, en un inmanentismo de carácter materialista que se apoye en algún vago concepto como vida, energía, etcétera, por otra parte se da también un auténtico sistema filosófico con una sustantiva autonomía filosófica. El filosofar descubre dentro de sí la sustancial necesidad de un drama, de una

crisis que a través de mil peripecias nos lleve a lo singular para que, a su vez, desde el singular se manifieste la necesaria trascendencia. Efectivamente, el punto central de todo el blondelismo es el hecho incontrovertible de la imposibilidad de centrar la filosofía, ya que, como exigencia o instancia de la mediación teórica, implica un moverse como el sentido activo del verbo filosofar ya denuncia. En este moverse los dos supuestos radicales que caracterizan el alma del blondelismo son la inmanencia y la trascendencia, pero entendidas como simultáneamente vinculadas y contrapuestas de tal modo que no puede darse la inmanencia sin la rigurosa implicación de la trascendencia y al contrario. Esto, a su vez, significa que el absoluto está implícito en nosotros como idea y como hecho y que el desvelarse consciente de nuestra intimidad, afirmación y negación, trascendencia o inmanencia, se ofrecen como imbricadas en la realidad absoluta del principio absoluto que hace que el ser sea lo mismo que la acción.—
E. T. G.

ANTONELLI (M.^a Teresa): *Observazioni sulla filosofia come «philosophie de l'esprit»*, en «Humanitas», Brescia, año IX, enero 1954, núm. 1, páginas 24-39.

El último siglo de actividad especulativa ha constituido un curioso diálogo—que no es nuevo en el transcurso de la historia de la filosofía— entre dos estilos o dos lenguajes especulativos, que representan respectivamente el idealismo y el existencialismo. Desde luego, el existencialismo propiamente dicho no constituye de suyo un movimiento filosófico pleno pero opuesto al idealismo, manifiesta una gran preocupación por lo concreto y por lo irracional, lo que, a su vez, define mejor los límites propios del idealismo. Ahora bien, este diálogo es sumamente curioso, ya que en el fondo son dos soliloquios que no acaban de trabarse en diálogo. La crisis filosófica actual no es sino la incapacidad crónica de discutir en auténtico sentido, con exclusión de la verbosidad y del diálogo puramente nominal. Pero a su vez y detrás de esto hay razones más profundas, ya que en el fondo tal inca-

pacidad para el verdadero diálogo está en que no se tiene consciencia integral de una legitimidad merced a la cual quede en claro por qué nos adherimos a uno y no a otro de los diversos puntos de vista posibles respecto del filósofo.

Un característico e interesante, al mismo tiempo que especulativamente instructivo intento de construir un nuevo concepto de filosofía, aceptando las exigencias de lo existencial concreto y al mismo tiempo recabando el punto de vista más fecundo del idealismo, es la llamada *philosophie de l'esprit* o intento de lograr una interpretación de la filosofía en la cual la especulación se conciba tanto como filosofía del espíritu como espiritualidad. Así, por ejemplo, lo que Blondel llama *pensée* es un órgano de la filosofía que enseña un método de filosofar en el cual se incluye globalmente lo que hay de razón y ciertos aspectos de la irracionalidad. *Pensée* puede interpretarse como *esprit*, y *esprit* equivaldría a la superación de la moderna rebelión contra la razón. Así aparece en el propio Marcel, en *Lavelle* o en *Le Senne*, la filosofía como creación del espíritu y particularmente como interioridad que manifiesta la dimensión interior del ser según el coloquio entre lo existente y lo absoluto, el espíritu en la historia y el espíritu fecundo del bien. E. T. G.

FEYS (Robert): *Un exposé de la Philosophie de Gabriel Marcel*, en «Revue Philosophique de Louvain», Louvain, febrero 1955, tomo 53, págs. 73-85.

Gabriel Marcel, a quien no le gusta que se le califique de existencialista, se llama a sí mismo un neo-socrático. A pesar de la extrañeza que pueda producir esta calificación, hay que reconocer que las circunstancias de entonces y las de ahora son de hecho extrañamente análogas. La juventud a la que Sócrates se dirigía caminaba, refiriéndose al orden del espíritu, a la deriva. Filósofos brillantes, lejos de conducirla a un terreno firme, alimentaban en ella una duda radical. Sócrates descendió a la plaza, habló con unos y con otros y favoreció el hallazgo de nuevos sólidos principios. Sus diálogos y cuestiones parecía que jamás iban a acabar, y sin embargo todas desembocaban en

un mismo fin. Algo análogo ocurre con Gabriel Marcel y su contacto cotidiano con la vida ordinaria, elevándola al plano filosófico. En un reciente libro, el Padre jesuíta Roger Troisfontaines ha expuesto la doctrina de Marcel bajo el título general de *De l'existence a l'être. La philosophie de Gabriel Marcel* (1).

El eje de la exposición de Troisfontaines está en el propio título de la obra, ya que la exposición en su conjunto no es sino una evolución conceptual de la existencia al ser en cuanto tal. El hilo conductor está en que la *existencia* designa aquí una participación con lo real, anterior incluso a la conciencia, en tanto que el ser no va de acuerdo sino con una participación en la cual se vincula libremente el sujeto que por este acto se constituye y se afirma como persona. Así, «de la existencia al ser» se refiere a la unión con el mundo, la unión con uno mismo, la unión con los otros y la unión con Dios. La unión con el mundo apunta sobre todo a la situación originaria de estar en contacto con nosotros mismos y con lo que no somos nosotros a través del cuerpo. El cuerpo, la encarnadura, es el primero e inexcusable de los vehículos. Pero el propio contacto con el mundo implica la unión de uno consigo mismo porque sólo en la medida en que yo no soy lo otro, puedo preguntarme ¿qué soy yo mismo?, y el qué soy yo mismo implica necesariamente la cuestión de qué son los demás. Los demás no son propiamente el mundo. Son como yo mismo sin ser yo mismo, y tanto los demás como yo en la medida en que reflexionemos sobre el mundo, sobre lo que somos y sobre lo que los otros son, construimos una reflexión encarnada, cuya reflexión encarnada se encuentra inexorablemente con el misterio, y junto al misterio con el ser, ya que el ser adviene con la reflexión lo mismo que el misterio, pues ante el misterio el pensamiento lúcido reflexiona con más profundidad acerca del ser en relación con aquello que se constituye como misterio. De este modo, el inexcusable encuentro con Dios perfecciona y corona la obra de Gabriel Marcel.—E. T. G.

(1) Dos volúmenes. Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de Namours. Louvaine, E. Nauwelaerts et Paris, J. Vrin, 1953.